

Cuenta de Libros

ALEXIS MARQUEZ RODRIGUEZ

Ana Teresa Torres por segunda vez

La segunda novela de Ana Teresa Torres ("Doña Inés contra el olvido": Monte Avila Editores, Caracas; 1992, 13 x 20 cms, 241 pp) salió a la luz ya signada con un importante triunfo literario, al obtener el manuscrito el Premio de Novela de la II Bienal de Literatura "Mariano Pícion Salas", en Mérida, en noviembre del año pasado. Aunque el premio no le fue otorgado por unanimidad, nos consta que las razones por las que uno de los miembros del jurado no votó por ella no fueron una descalificación, y se basaron en consideraciones que, aunque válidas y respetables, no negaban su calidad. La aparición del libro ha sido seguida por el favor del público, sin duda atraído por las excelencias de su anterior novela, "El exilio del tiempo", publicada en 1990, y varias veces premiada con importantes galardones.

Esta nueva novela sigue en cierto modo en la línea de la anterior, si bien estilísticamente se diferencia en algunos aspectos. Su temática está aún más dentro del esquema histórico, aunque no puede decirse que sea clasificada con el rótulo de novela histórica, que tanto mortifica al Dr. Uslar Pietri. No lo es, mejor dicho, a la vista del concepto que de ella tenemos. Pero sí corresponde al que sostienen algunos críticos y estudiosos del género, como el profesor Seymour Menton, prestigioso catedrático de la Universidad de California (USA), que lleva su conceptualización de la **novela histórica**, desde el punto de vista temático, mucho más allá de lo que otros hacemos. A nuestro modo de ver, esta novela entraría más bien en la categoría de lo que en otra ocasión hemos denominado **novela histórico-simbólica**, caracterizada porque, aunque la materia tratada corresponda a la realidad, pues encaja perfectamente dentro de los rasgos correspondientes a determinadas épocas y lugares importantes dentro del proceso histórico de un pueblo, los personajes y los hechos argumentales no fueron sacados del desarrollo veraz de esa historia, sino que fueron inventados imaginativamente por el novelista, si bien basándose para ello en el conocimiento de épocas y lugares extraídos de una investigación pertinente, avalada incluso por una base documental precisa y rigurosa.

"Doña Inés contra el olvido", plantea un tema que navega en dos aguas la de la historia y la del problema económico y social, con su inevitable implicación política. Se trata de lo que en la terminología histórico-socio-política se ha conocido como la **tenencia de la tierra**. En ese sentido podría decirse que esta novela es la historia de un latifundio, antigua posesión en Barlovento cuya raíz se remonta a los lejanos tiempos de la Conquista, cuando apenas comenzaban a definirse los términos en que los "Amos del Valle" iban a establecer su dominio absoluto sobre vidas y haciendas, en lo que andando el tiempo llegaría a ser la ciudad de Caracas, y desde la cual aquellos verdaderos "señores" ejercerían un férreo control sobre todo el país. Al hilo de la historia de ese latifundio se van produciendo una serie de situaciones que, de alguna manera, representan simbólicamente la historia venezolana. Desde un determinado punto de vista, se percibe una rica constelación de pasiones humanas, ilustrativas de lo que ha sido la larga crónica del hombre sobre la tierra, independientemente de las épocas y lugares donde su actuación haya tenido efecto, y de la medida en que hayan marcado en un sentido u otro el ritmo de su existencia en el mundo. Desde otro punto de vista se asiste a una sucesión de hechos que, de una forma u otra, han signado el proceso de desarrollo de la sociedad caraqueña y venezolana en general, puesto que ha sido en Caracas, para bien o para mal, donde se ha trazado el rumbo político del país -a partir de los tiempos del Descubrimiento y la Conquista, hasta nuestros días.

El hilo matriz sobre el que se teje la trama de esta novela es la historia de un largo litigio sobre la propiedad de unas tierras de ese latifundio. El pleito se inicia a principios del siglo XVIII, cuando el personaje central de la novela -si es que se puede llamar así-, que es al mismo tiempo la narradora -aunque, como ya veremos, en una dimensión fantasmal-, interpone una demanda reivindicatoria contra un librero que ha sido su paje, y por añadidura era hijo natural de su propio esposo, entonces ya muerto. El litigio se prolonga indefinidamente, y átravesada, irresuelto, casi todo el siglo XVIII, los duros años de la guerra de independencia, el siglo XIX republicano, igualmente convulso y escabroso, y llega al XX, hasta nuestros días, cuando en 1985, un descendiente directo del fundador de aquel latifundio le pone fin al pleito, en una transacción que simbólicamente recoge la realidad histórica del país, al entrecruzarse en ella los intereses económicos, políticos y sociales, al margen los valores que en el pasado habían configurado la moral de la familia, hoy postergados por implicaciones pragmáticas vinculadas al "progreso" del país, en estrecho maridaje con las conveniencias personales y de clase.

La historia es contada en forma lineal por Doña Inés, que en 1715 comienza el proceso para reivindicar tierras de su patrimonio en manos de aquel liberto a quien juzga usurpador. Para ello la demandante reconstruye previamente, título a título, la tradición legal del latifundio, de modo que la historia se remonta a tiempos aún anteriores a la época de la novela. Pero una vez muerta la demandante, su fantasma continúa el relato del proceso, cuyas incidencias va siguiendo, al tiempo que hace relación de ellas al alma de su difunto marido. En esa relación del litigio la relatista entreteje todo cuanto ocurre en el país, su picaresca política y social, y por su memoria desfilan los más conspicuos personajes de nuestra historia -Colonía, Independencia y República, ya dijimos-, personajes que existieron ciertamente, pero con los cuales se entrecruzan otros salidos de la imaginación de la novelista, que así completa la visión de nuestra realidad, apelando a veces a la imaginación, para hacer aún más realista el cuadro que en esta forma va trazando.

Cuando leímos el manuscrito de esta novela, que la autora, muy gentilmente, nos dio a leer, tuvimos la certidumbre de que en ella se reafirmaban las excelencias de su novela anterior. Sólo le hicimos entonces, aparte de pequeñas e intrascendentes observaciones formales, el señalamiento de que en el relato de Doña Inés se percibía una huella que nos parecía muy evidente: la del soliloquio de Carlota en la novela "Noticias del Imperio", de Fernando del Paso. Eso no es malo, pues lo malo de las no siempre bien llamadas "influencias" no está en ellas mismas, sino en la posible pobreza cualitativa de quienes las ejerzan. Y no es eso, precisamente, el caso del insigne autor de "Palinuro". Pero es obvio que el escritor, por mucha que sea la calidad y genio de aquellos que influyan en él, tiene que liberarse de toda influencia, después de asimilarse y aprovechar de ellas cuanto sea aprovechable, y andar su propio camino. Desde el cual, a su vez, podrá influir en otros que vengan más atrás, pues el arte es un reciclaje constante, tanto en el orden individual de cada autor, como en la relación inevitable entre autores de diversas edades y generaciones.